

SOLIDARIDAD EN TIEMPOS DE CRISIS

Relatos:

Emilia Laura Arias Domínguez

Dani Álvarez

Antonio Álvarez Solís

Iker Armentia

Olatz Arrieta

Roge Blasco

Ramón Bustamante

June Fernández

Ane Irazabal

Amaia López de Munain

Alberto Pradilla

Txente Rekondo

Mikel Reparaz

Begoña Yebra

Icaria ♣ La mirada esférica

Índice

- Presentación, *Mugarik Gabe* 7
- Introducción. La solidaridad. No hace falta tener para ser solidaria, solo ser, *Puri Pérez Rojo* 11
- Una historia de dos historias, *Amaia López de Munain* 15
- Mano sobre mano, *Dani Álvarez* 43
- ¿Una historia más?, *Ane Irazabal* 49
- El limbo del capitalismo, *Mikel Reparaz* 61
- Contexto, interpretaciones y protagonistas de la solidaridad, *Txente Rekondo* 67
- Fórmulas para matar las balas, *Emilia Laura Arias Domínguez* 87
- Cinco escenarios para la solidaridad, *Ramón Bustamante* 101
- Sin periodismo, no hay democracia, *June Fernández* 123
- Resistencia maya, solidaridad vasca, *Roge Blasco* 141
- Cometas que son aviones de guerra, *Iker Armentia* 163
- Maestras de solidaridad, *Begoña Yebra* 175
- Mosaico de la Europa fortaleza, *Alberto Pradilla* 187
- Reivindicando a Thomas Paine, *Olatz Arrieta* 211
- Alcance de la solidaridad, *Antonio Álvarez Solís* 221

Presentación

Mugarik Gabe

*[...] la solidaridad es horizontal
e implica respeto mutuo*

EDUARDO GALEANO

Es posible que las pocas palabras que preceden esta introducción, palabras de quien supo reflejar magistralmente la otra historia que nunca nos contaron de todo un continente cuando escribió *Las venas abiertas de América Latina*, sean la síntesis perfecta que condensa la esencia de esta publicación. Por lo menos, en lo que se refiere a su intención y objetivos.

Porque este libro pretende algo tan sencillo, y al mismo tiempo y quizás precisamente por esa simpleza algo tan complicado, como hablar de solidaridad. Entre mujeres y hombres, entre colectivos humanos, entre organizaciones, entre pueblos y todo ello desde nuestras individualidades, pero también y sobre todo desde nuestra dimensión colectiva, esa dimensión que implica ser y formar parte fundamental de algo mayor. Algo tan fácil de citar, como tan difícil de practicar: la solidaridad. Demasiadas veces prostituida, y siempre en función de intereses políticos, religiosos o sociales, demasiadas veces manipulada. En definitiva, un concepto tan humanamente necesario de limpiar, de sentir y sobre todo de realizar.

A veces, señala también Galeano, se la disfraza de caridad y esta es otra cosa, pues su ejercicio se realiza de modo vertical, desde el que «está arriba» hacia los que «están abajo». Por eso, el ejercicio verdadero

de la solidaridad es complicado, no es fácil. Pero nos jugamos mucho en ello pues hablamos de justicia social, hablamos de combatir la desigualdad creciente, hablamos de sentirnos y encontrarnos en igualdad de derechos y, sobre todo, de poder ejercerlos más allá del discurso y que ese ejercicio alcance a las grandes mayorías del planeta y no solo a una minoría.

Reforcemos esta imagen, esta misma idea, con otra cita. En una fábula del libro *La cultura de la reciprocidad*,¹ Paolo Coluccia se señala que «en una vieja iglesia románica, un fresco medieval representa el paraíso y el infierno de manera totalmente idéntica. En ambos lugares reina una gran abundancia de vituallas de las que los elegidos y los condenados solo pueden disfrutar por medio de grandes tenedores desmesuradamente largos. Pero mientras que en el infierno los condenados famélicos intentan vanamente llevar a su boca los deseados manjares, en el paraíso, los elegidos radiantes se alimentan los unos a los otros». Vivimos en un tiempo en el que los largos tenedores dominan cada vez más nuestras vidas, por lo que el recurso de la solidaridad ya no solo es necesario y humanamente oportuno, sino que empieza a ser vital para la existencia, ya hablemos desde la individualidad o desde la colectividad.

De una u otra forma, vamos ya explicitando en esta introducción conceptos que nos parecen fundamentales y que irán apareciendo a lo largo de las páginas de este libro acompañando y definiendo al protagonista y su espacio: la solidaridad. Así surgen la equidad, lo colectivo, la justicia, la lucha contra la pobreza. Y también la lucha contra la desigualdad. Esto último queremos y debemos destacarlo de forma especial pues consideramos que aunque la lucha contra la pobreza es necesaria y no se puede aparcar *sine die*, los poderes económicos y políticos en

1. *La cultura della reciprocità. Il sistema di scambio locale non monetari*. Ariana Editrice, Casalecchio di Reno. 2002.

demasiadas ocasiones tratan de distraernos con esta, con el objetivo de que no percibamos que lo que realmente crece en los últimos años es la desigualdad y que es esta la que genera situaciones de auténtica injusticia y pobreza en y hacia las personas y los pueblos.

Cuando en este libro hablamos de solidaridad pretendemos darle el contenido más político posible a este concepto, tanto en su teoría como en su práctica. Cuando pedíamos a nuestros colaboradores/as, a aquellas personas que realmente han hecho posible esta publicación sus textos, simplemente señalamos una única condición: que el concepto de solidaridad se entendiera como un compromiso ético, humano y político, alejándose de sentimientos únicos de compasión y caridad. Cierto es que lo tuvimos fácil pues todos ellos y ellas, no solo lo entendieron desde el principio, sino que lo compartían desde antes.

Desde Mugarik Gabe lo hemos dicho en múltiples ocasiones, pero seguimos reiterándolo por su importancia. Si partimos del derecho humano a una vida digna y entendemos la dignidad como una característica que define al ser humano, a hombres y mujeres, decimos que la solidaridad es el derecho y obligación a indignarse ante la injusticia a que se somete a las personas y pueblos, sea esta del tipo que sea. Pero, en esa misma línea, también consideramos que para que la indignación sea consecuente (la solidaridad) no puede reducirse a un mero sentimiento, sino que debe ir más allá. Debe incluir el conocimiento profundo de esas situaciones y sus causas, y el compromiso activo ante ellos, porque deben ser actuaciones dirigidas a eliminar esas causas profundas y estructurales que generan injusticias. Por eso es que reivindicamos, desde el protagonismo de las sociedades civiles, el principio de solidaridad en la cooperación, pero también en la política, en la cultura, en los medios de comunicación, en... La capacidad de situarse en el lugar del «otro/a» y desde ahí poder construir conocimientos y acciones que incidan en verdaderas y profundas transformaciones, desde abajo hacia arriba, del sistema dominante.

Este es el marco y contexto en el que desde Mugarik Gabe nos propusimos afrontar el reto que suponía unir a periodistas de distintos medios de comunicación que desde sus experiencias de vida y profesional nos facilitarían visiones diferentes de la solidaridad. Sus relatos nos acercan a situaciones tan cercanas como las que hoy ocurren en los barrios de nuestras ciudades o en lugares distantes en otros continentes. El común denominador está siempre en la solidaridad.

Y por ese esfuerzo y ese compromiso una vez más queremos ahora agradecer su contribución, y dejar constancia de ello por escrito en esta introducción. Sirvan entonces estas líneas para ese agradecimiento de todas las personas que componemos Mugarik Gabe a quienes, desinteresadamente, han colaborado y aportado sus reflexiones haciendo posible esta publicación, a: Antonio Álvarez Solís, Begoña Yebra, Roge Blasco, Dani Álvarez, Mikel Reparaz, Olatz Arrieta, Ramón Bustamante, Alberto Pradilla, Txente Rekondo, Iker Armentia, June Fernández, Amaia López de Munain, Ane Irazabal y Emilia Laura Árias.

Pero también aprovechamos este momento para expresar nuestro reconocimiento a tantas mujeres y hombres, a tantas organizaciones, a tantos movimientos sociales, todos ellos claves para no retroceder en los derechos conquistados y para ir abriendo nuevos espacios de libertad y fraternidad, de justicia social, nuevos paradigmas de emancipación. Con todas ellas, Mugarik Gabe ha aprendido mucho en estos más de 25 años de trabajo, ha compartido lágrimas y alegrías, derrotas y victorias, grandes y cortos pasos. Por eso, nuestro compromiso renovado y deseo, con quienes han colaborado en esta publicación y con quienes hemos trabajado en estos años, para que todos y todas, cada cual desde su espacio y posibilidades, podamos seguir trabajando por un mundo más solidario y sociedades más justas.

2014

Introducción

La solidaridad

No hace falta tener para ser solidaria, solo ser

Puri Pérez Rojo. Coordinadora de Mugarik Gabe

Recuerdo, y cuando lo hago creo. Voy recreando mi vida con los recuerdos. Un viaje, el primero, con los ahorros del primer año de trabajo tras estudiar la carrera de Bellas Artes. Un destino lejano para entonces, era 1986, Egipto. Iba sola y con mis escasos veintitantos años me decidí por un viaje organizado. Las expectativas, admirar pirámides, esculturas, templos grandiosos, descubrir de cerca una cultura tan diferente. Ahora, después de tantos años, solo algunas instantáneas asoman a la memoria. El calor que te impregna todo el cuerpo al descender del avión, la impresión ante la magnitud y las dimensiones de los templos, el bullicio abrumador del zoco, los cláxones eternos de la ciudad. Imágenes sueltas que no crean un relato, no hacen historia. Pero cuando escapo de lo establecido, de lo organizado, desierto de un viaje en avioneta a Abu Simbel, me quedo en el barco y entonces me conminan a no abandonarlo por el supuesto peligro que ello conllevaría; me rebelo y me marcho sola con mi cámara de fotos a ver Egipto, en minúsculas, en pequeño. Un pueblo con sus calles estrechas llenas de gente sencilla, de hombres artesanos que juegan y ríen con esos niños que pasan y posan para una foto; callejeo durante horas haciendo fotos bajo un sol abrasador hasta que me detengo en mitad de la calle, sedienta, con el sombrero empapado de sudor, mirando a uno y otro lado en busca de un refugio, una sombra. Y llega hasta mí un grito, una llamada, no entiendo nada, no hablo inglés, y menos aún egipcio, pero me hacen

señas para que me acerque, una mujer mayor desde la entrada de su casa me invita a pasar, accedo y me encuentro en un patio de tierra pisada, allí me obligan a sentarme para descansar y me indican que no es buena hora para ir caminando bajo el sol. Comprenden mi sed. Allí donde el suelo es barro, donde no hay ni sillas ni vajilla, ni puertas que atravesar, allí donde toda la familia vive en dos habitaciones. Allí, sin conocerme, sin entender mi idioma, amistosamente, solidariamente, me ofrecen una coca-cola. Es entonces y solo entonces cuando se crea una historia, un relato.

En aquellos años ochenta hubo otro viaje. Todo el mundo tiene, o al menos algunas, su viaje por excelencia. Aquel en el que las expectativas desbordaban conciencias, y plenas de ilusión, las ansias de viajar eran ansias de experimentar. Pues como digo, en 1988, hice un viaje a Centroamérica en busca de otras realidades. Sola, y solo con una mochila, la cámara de fotos y cuatro meses por delante. Desde México hasta Costa Rica recorrí caminos en buses, trenes y barcos, conociendo gentes muy diferentes. Judíos argentinos que vivían en Nueva York, turistas que solo iban a pasear sin dinero, brigadistas que acompañaban revoluciones y personas sencillas que llevaban una vida pobre en la frontera con la miseria. A la frontera de Honduras con Nicaragua llegábamos, junto con el judío, cuando la garita del control cerraba sus puertas. Desanduvimos nuestros pasos, nos acercamos al pueblo en busca de una pensión, de un lado y de otro. Todas con la misma respuesta: no hay sitio. Calle arriba, calle abajo. Todo el pueblo era una y única calle. Nada. Sentados en la acera nos mirábamos. No queríamos saber qué estaba pensando el otro. ¿Acaso lo mismo? ¿Cómo sería una noche durmiendo en la calle sin techo, sin abrigo, como una mendiga? Nuestras caras debían ser reflejo de nuestra desolación. La noche se iba acercando y entonces un hombre llegó a nuestro lado pidiéndonos que le siguiésemos. Nos enseñó donde vivía, una choza de barro y techo de palma, dos habitáculos, la cocina y el dormitorio. Nos mostró a sus dos hijos pequeños y a una hija de 10 años. Era viudo. En la cocina

había un catre que él utilizaba, lo señaló y nos lo ofreció. Esa noche él dormiría con sus hijos. Conmovidos pasamos la noche desvelados por las pulgas, sin dormir, los dos juntos en ese catre de cuerdas de 90 centímetros de ancho, pero contentos y felices de no tener que pasar por la experiencia de dormir en la calle, a la intemperie. Cuando miro su foto, que aún conservo, sigo sintiendo gratitud.

Ambos relatos nos cuentan una y la misma cosa, que no hace falta tener para ser solidaria, que no hace falta ser rico para ser generoso, tan solo hace falta ser, ser persona solidaria. Hace ya muchos años. Allá por 1994, hicimos una campaña intemporal dentro de Mugarik Gabe cuyo lema era «No hacer solidaridad sino vivir solidariamente». Hemos repetido lo mismo, una y otra vez, hasta el infinito, en los discursos políticos, en los planes estratégicos, en las políticas de la organización. Lo mismo dicho de innumerables, incontables maneras pero siempre con el mismo significado: la solidaridad no se hace, no es algo momentáneo, no es algo puntual, no es accesorio, no es banal, no es un plus que te hace mejor persona, no, es consustancial al hecho de ser persona, es la búsqueda de la coherencia interna, es un compromiso con el mundo, un sentirte de igual a igual con los seres todos del ancho mundo.

Alguien dijo que «la solidaridad es la ternura de los pueblos», bien, pues estamos a falta de ternura en estos tiempos. Tiempos de crisis nuevas, de crisis viejas, de crisis permanentes y que han venido para quedarse. Cuando más necesitadas estamos, cuando más vendidas nos sentimos, cuando más vapuleadas, más ninguneadas, más invisibles para algunos somos, es cuando las personas más necesitamos de ternura, de solidaridad, mejor dicho, de personas solidarias. Si, como dice John Berger, «la condición esencial para pensar en términos políticos a escala global es ver la unidad del sufrimiento innecesario que existe hoy en el mundo», este vivir solidariamente, día a día, esta solidaridad, ahora y antes nos aboca, nos impele y nos lleva de la mano hacia una mayor austeridad. Solidaridad y austeridad de la mano, no ahora, sino siempre, no por la crisis actual sino por igualdad y coherencia, por un

deseo de revertir el aumento de desigualdades, por un deseo y responsabilidad de que todas las personas puedan vivir dignamente.

En palabras de Manuel Sacristán:

Esta es una época en la que la acción principal es, lo que Antonio Gramsci llamaba, la acción capilar, no son los grandes proyectos espectaculares de fundar partidos y crear grandes empresas, sino meterse como vasos capilares en todas partes y en todas partes ir contando las cosas, dando información e intentando presionar sobre la racionalidad que importa sobre la racionalidad de los valores, es decir, la racionalidad moral y social; esa acción capilar es la que hoy en día, aunque parezca mínima, es la más importante.

Esperamos que este libro, así como los diálogos surgidos al amparo de su publicación, contribuyan a ello.